

CELEBRAR LOS CUARENTA

Se trata de aquel recogimiento pesimista del que tantas veces hemos hablado. Mayte y yo hemos cenado bien, el vino era excelente, con un deje de regaliz Zara que aún conservo en mi paladar, y el güisqui, mejor. Ya me conoces, el sexo, si es después de un buen trago, puede ser una experiencia sensorial y estética a la altura de las mejores. Así ha sido hoy.

A Mayte le gusta llamarme Chet cuando bebe. Cree que mi obsesión por Chet Baker no es casual. Yo no soy europeo de la misma forma que Chet Baker no era negro, parece ser que le dije una de esas noches en que el güisqui dota de un excesivo patetismo cualquier sentimiento.

Chet, pon *Every Time We Say Goodbye* y ven a la cama.

Ha sido un gran regalo de cumpleaños. Aun así, tras el orgasmo, el vacío. A la vez que el semen sale de mi cuerpo lo hacen también algunas malas ideas de mi mente.

Celebrar la cuarentena no tiene sentido.

Desde que te fuiste, este estado de recogimiento casi siempre acaba llevándome a ti. Como el felino que se lame las heridas, a mí parece placermé constatar que ya no puedo, como antes, sucumbir al impulso de llamarte a cualquier hora para invitarte a una copa.

Mayte duerme. Lo hemos pasado bien, nos

queremos, nos necesitamos, ella se lanzaría a una relación más seria, incluso al matrimonio, pero yo soy incapaz de ofrecerle más. Y sufro. Pienso que algún día se cansará, encontrará a alguien con el que convivir y aburrirse y a mí me dejará solo y desolado.

¿Cuándo sentarás la cabeza? Una pregunta odiosa que mi madre no para de repetirme. La vida para ella es como su religión: una sucesión de rituales impuestos que simplemente deben realizarse. Despreciable, obtusa, tosca. ¡Cuántas veces habré pensado esto de mi madre! Sin embargo, hoy, a la vez que mi verga se contraía y vaciaba, mi pique se vaciaba también. Tras la futilidad de la celebración de los cuarenta, la pregunta: ¿cuándo sentarás la cabeza?

DIVÁN

Ayer, tumbado en el diván, hablándole a la esfinge a la que me derivaste, me encontré enfadándome contigo como si tuviera la edad de tu hijo. No le importó dejarme aquí tirado. Se hartó y se fue. Él pudo hacerlo. No es la primera vez que te culpo por ello. Aun así, me sorprendió verme allí tumbado y acusándote de algo ridículo. Como si yo fuera un niño desamparado y tú un padre despiadado. Al salir del despacho, y una vez en la calle, me percaté de que la herida que me ha producido tu partida sigue sin cicatrizar. Esta estúpida regre-

sión llega transcurridos siete años de tu regreso a Marruecos.

AMANTE

Hoy Mayte se ha comportado de un modo extraño. Ha soltado dos o tres expresiones soeces mientras estábamos haciendo el amor. Primero he querido atribuir su comportamiento al alcohol pero, ay, después he pensado que quizás tenga un amante. Nuestros polvos, a excepción de algún jadeo necesario, son más bien silenciosos. En cambio, hoy, pedía, hablaba e incluso insultaba.

¿Y si tuviera un amante? ¿Acaso no las tengo yo? ¿No es precisamente mi hambruna sexual la que no me deja avanzar, abrirme a otra posibilidad con ella?

El que Mayte tenga un amante también me reconforta de algún modo. Equilibra la balanza. Aun así, prefiero desechar esta posibilidad. Pensaré que no es la primera vez que Mayte se deja ir. Lo que sucede es que ella se deja ir poco. Teme la posibilidad de acostumbrarse. Necesita controlar todo lo que ocurre a su alrededor. Teme el descontrol. Quizás sea esto, el descontrol, lo que más le atraiga de mí. Pensaré que soy su complemento ideal. Ella es el orden y yo el caos. Prefiero no preguntar y refugiarme en el engaño; hacer ficción de la verdad, moldearla a mi medida.

LEILA

Tú tienes a Leila. Ya sé que no es oro todo lo que reluce pero, igualmente, te envidio. Tú puedes someterte a los inconvenientes de una vida compartida. Yo no. Yo me someto a mi verga empalmada. Rápidamente me siento atrapado en un cenagal de obligaciones. Necesito saber que mi cuerpo puede abrirse al embeleso de otra mujer atractiva. La relación con Mayte es lo máximo que puedo alcanzar. Vivo enconado en este sempiterno conflicto. No sé qué es lo que busco en las mujeres y, mientras tanto, me vacío. Ando olfateando su apetito sexual. Busco el sexo y, cuando lo consigo —y cada vez es más costoso lograrlo—, la tristeza poscoito. Estoy atrapado en este bucle. Me someto a mi pene pero no a una relación. Necesito el sexo y odio el sexo.

TU PARTIDA

Tu partida me ha dejado con un libro dentro.

Honestamente, todo acontecimiento algo trascendente de mi vida me deja con un libro dentro. El último de ellos y, por tanto, el que más horas de mi no-escritura me ocupa actualmente tiene que ver contigo, con tu partida. Soy un escritor sin obra. Ya ves que me he adjudicado el honorable título de escritor, aunque no haya escrito nada. Entiéndelo, escribir agota.

Tú puedes regresar y yo no. Crónica de una vida truncada por la envidia. Ese debería ser el título del libro. Muy trágico, cómo no, acorde con lo que piensas de tu amigo.

LOS CUARENTA Y EL CUERPO

Revivo algo de aquella perplejidad adolescente ante el cambio que va experimentando mi cuerpo. Recuerdo la impotencia que me generaba verme asimétrico, deforme y desmañado. Desconocía las nuevas proporciones de mis extremidades. Ahora, de nuevo, experimento algo de aquella extrañeza al ver cómo se ensancha mi vientre, cómo se va gestando el temido flotador masculino y cómo va asomando la papada.

Hay días en los que me miro obsesivamente al espejo, como acostumbraba a hacer cuando era un adolescente. Parece que estuviera intentando negar la realidad. Busco el vigor y me encuentro con la flacidez. Me siento en el excusado y la verdad aparece en forma de unos pechos flácidos allá donde había pectorales y el vientre se me antoja una especie de neumático medio deshinchado. No logro sentirme atractivo.

EL OLIVAR

Soy un tipo orgulloso, engréido y un tanto altivo. ¡Qué te voy a contar! Estos rasgos de mi carácter, a

la vez que me han ayudado a no dudar en exceso, a querer emular a las personas que prosperan y a empujarme a ser un europeo de clase media, no me han permitido olvidar jamás que yo no pedí cambiar de país. Al contrario, odié este país antes de poner los pies en él porque, mucho antes de venir yo, ya lo había hecho mi padre. Tu padre está en España. Esta es una de las expresiones más impregnadas de significado que recuerdo. A tu padre te lo ha quitado España. Este era el significante que yo le atribuía. España siempre ha sido un rival. Ni siquiera yo, el hijo ansiado, pude retenerlo a nuestro lado.

Al observar el declive magrebí en Europa, el ocaso de tantas vidas fragmentadas, incluidas las de mis padres, el vacío identitario de tantos hijos jóvenes que abrazan una religión ritualista o, peor, violenta y acomplexada, no puedo evitar pensar que uno de mis recuerdos más vigorizantes de Marruecos, al que atribuyo una dignidad envolvente, es escatológico.

La memoria, lo sabes bien, es muy tramposa. Embellece, maquilla, distorsiona, disfraza. Ir al olivar a defecar de la mano de mi padre. ¡Qué gran recuerdo! Un recuerdo más agradable aún si cabe porque debe de ser de los veranos en que regresaba de Europa.

Mi padre me miraba y sin mediar palabra yo me alzaba. Juntos, de la mano, nos dirigíamos con circunspección al olivar. Uno al lado del otro,

nos poníamos en cuclillas y defecábamos. Adoraba aquella liturgia. No podía decir la palabra *caca*, no podía pronunciar el verbo *cagar* delante de mi padre y era del todo desaconsejado utilizar el sustantivo *mierda*. Mi padre era inflexible. Son palabras que un hijo no puede pronunciar en presencia de una persona mayor. Pero lo cierto es que deponer, deponíamos, y lo hacíamos con una compostura que hoy me parece admirable. Mientras nos dirigíamos al olivar, mi padre se entretenía en buscar un par de piedras lisas a las que les extraía la tierra incrustada, si era necesario, y me daba una a mí.

Cuando pienso en el pueblo, en esas casas con zaguán donde vivían varias familias, me maravilla el aspecto immaculado que aún hoy puedo demostrar en alguna foto y, especialmente, el decoro, la pulcritud y la discreción con la que tanto los adultos como los niños utilizábamos el olivar.

Algunas personas significativas en mi vida han querido ver en mis modales educados y, en ocasiones, refinados, un intento de sobreadaptación a mi vida europea. Yo, en cambio, no albergo dudas al respecto. Los atribuyo a mi padre y su natural elegancia para deponer en un medio tan silvestre.

INSOMNIO(S)

Mayte está escribiendo un ensayo sobre el papel

del insomnio en la obra de Malika Mokeddem. En su caso era un aliado. Le permitía compaginar la medicina con la escritura, alargar el día, buscar descanso en la reelaboración narrativa de su vida. De niña, el insomnio fue un espacio de libertad que se ocupaba de acrecentar leyendo, agrandándolo palabra a palabra, página a página. El suyo era un insomnio interesante, literato. Yo, en cambio, lo padezco y fantaseo con la idea de que se convierta también para mí en un espacio de conquista. Por de pronto sigo igual. En el mismo punto donde lo dejaste tú. Tomo la benzodiacepina que me recetaste cada vez que quiero dormir cuatro horas seguidas y no lo hago cuando me apetece pensar en mis desgracias. No escribo. Pienso obsesivamente en ese maldito libro que no sale. Sueño con un futuro de escritor y me conformo, qué remedio, con los alumnos.

Aburrimento no sería la palabra exacta. Me gustan mis alumnos. A diferencia de los institutos normales, el mío es para gente que busca segundas oportunidades. Los tengo de todas las edades. Me enternece profundamente ver a gente de mi edad, o mayores incluso, tratando de aprobar la ESO. Tengo historias para diez libros si algún día me decido a trabajar y dejar de lamentarme.

Ahora imparto además dos seminarios en la Universidad de Barcelona. Quizás sea esta la mejor noticia que te pueda dar. Me divierto, y parece que los alumnos también, con mi seminario dedi-

cado a Edward Said y con otro que he bautizado con el rimbombante nombre de «Literatura del otro». Me estoy convirtiendo en un especialista en esto de las identidades periféricas. ¡Incluso empiezo a recibir invitaciones para ir a congresos por todo el país y parte del extranjero! Una objeción (siempre tiene que haber un pero): el trabajo en el instituto, que es el trabajo alimenticio e hipotecario, no me deja toda la flexibilidad que quisiera.

HIPOTECA

Me pregunto cómo alguien que se tiene por inteligente se atrevió a comprar un piso por más de trescientos mil euros y comprometerse con el banco durante cuarenta años. Llevo pagados diez y restan otros treinta. Si alcanzo los setenta, lo haré de la mano de mi hipoteca. Una locura. No me atrevo a dar un paso en firme con Mayte y lo hice con la mayor de las alegrías con el banco. No consigo explicármelo.

También tú te lanzaste a la aventura hipotecaria. Te dejaste llevar por la insania colectiva que hemos vivido en este país pero, en un arrebatado premonitorio, tomas una gran decisión, vendes un tiempo antes de la tan denostada crisis que estamos viviendo y te vas. Envidio tu baraka. O quizás no sea justo atribuirlo a la baraka. Seguramente fue tu instinto empresarial. Alguna influencia habrá tenido tu padre en este olfato para los nego-

cios. Comprar y vender a tiempo, tomar la decisión en el momento justo. No, definitivamente no es ni casualidad ni baraka. Son tus genes, siempre atentos a los negocios.

Yo fui el ingenuo. El hijo de inmigrantes que quiso ser propietario.

Mes a mes y así hasta los setenta años. La victoria se acerca.

EL OTRO. TU PACIENTE

En una ocasión me contaste algo que te había sucedido con uno de tus pacientes. Te había comentado con pesar que cada vez que tú le decías algo que no era de su agrado, él deseaba que te atropellara un coche. Uno de esos días que tenías mucha prisa saliste del despacho uno o dos minutos después de que lo hiciera él. Al cruzar la calle, delante de sus narices, zas, te atropelló un coche. Te enteraste de sus deseos después de tu accidente. Tú sufriste una rotura de tibia y peroné, y tu paciente, un sentimiento de culpa terrible. Al reanudar su tratamiento se disculpó por sus malos deseos. Tú lo quisiste tranquilizar, hacerle ver que tu accidente y su fantasía nada tenían que ver. Y él te dijo algo que te impactó: «Con frecuencia tengo la sensación de que mi fantasía, las ideas que me pululan por la cabeza tienen más verdad que mi vida. Sé que no he causado su accidente. Pero sé también que lo

he causado. Mis ideas se me imponen con la contundencia física de un cuerpo».

Esta historia de tu paciente que en su día, sin darle mayor importancia, le conté a tu colega me está dando mucho trabajo. Parece ser que yo también tengo una fantasía, un sueño, que a la vez que está escindido, separado de mi conciencia, es tan real, tan tangible como una roca. De alguna forma siento, lo percibo con una extraña claridad, que no me he movido de Marruecos. Mientras alguien se esforzaba aquí, aprendía lenguas, se relacionaba con la gente, yo estaba allí con otros amigos y con mi familia, especialmente con mi abuelo. No había lugar para la nostalgia, el recuerdo, la aflicción. Yo no me había separado de mi abuelo.

Una parte de la carga emotiva que ha supuesto tu partida es la confrontación con la realidad. Ese otro que la falseaba ahora se ha desvanecido. Su lugar lo ha ocupado un agujero, un abismo de angustia y la certeza de que tú vives en Marruecos y yo no.

LOS CUARENTA Y LA LIBIDO

Desearía que la libido disminuyera, que mi desmedido deseo por los cuerpos femeninos no fuera tan grande, pero, hasta el momento, los cuarenta no me han concedido este deseo. Al contrario. Sigue intacto, agravado por la impaciencia, el cansancio y el hartazgo que me produce vivir ex-